

Imperativo Moralización Policiaca

POR LORENZO MEYER

UN teniente del ejército, uniformado, ebrio y en un auto sin placas, agrede y dispara sobre un ciudadano, y al ser capturado dice ser guardaespaldas del general Ramón Mota Sánchez, jefe de la policía capitalina. Al comandante de la Dirección Federal de Seguridad en San Luis Potosí se le acusa del secuestro de un ex diputado local. Un jefe, con licencia, de la Policía Judicial de Sinaloa, resulta ser autor de 53 homicidios, estar casado con una joven responsable de por lo menos otros cinco, y ser el jefe de la banda que recientemente secuestró y asesinó a varios niños y jóvenes capitalinos. La lista puede seguir hasta el cansancio. La agresión de la policía a la sociedad civil —a todas las clases, a todos los estratos— es constante, abierta y brutal. Nuestra capacidad de sorpresa en relación a las acciones criminales de todas las policías mexicanas, simplemente ya no existe. Por otro lado, creo no equivocarme si digo que la sociedad mexicana está harta de su policía; ya no la aguanta.

LA naturaleza de la policía —de cualquier policía— es contradictoria y llena de ambigüedades. Por un lado debe desempeñar el papel de protectora de la sociedad, pero por otro el de sostenedora de un orden social en donde inevitablemente habrá injusticias sustantivas. La policía es siempre un instrumento del poder político para mantener la disciplina social y proteger los privilegios. Una policía puede o no ser capaz de auxiliar efectivamente a la víctima de un accidente, puede o no resolver problemas de tránsito, pero siempre deberá ser eficaz cuando se le pida reprimir a aquellos que cuestionan el poder político por vías no aceptables para los poderosos.

Por otra parte, la policía, como institución, debe entrar y mantenerse en contacto con los bajos fondos de la sociedad, con su patología. Y en este proceso siempre existe el peligro del contagio, de la simbiosis. Dudo que existe en el mundo una policía incorruptible. Sin embargo, hay grados, y en México la corrupción ha alcanzado un nivel intolerable.

El Porfiriato comprendió que una parte importante de su proyecto modernizador era la creación de un cuerpo de policía profesional, eficiente y bajo el control completo de la autoridad política. Le llevó muchos años, pero Porfirio Díaz creó la policía que necesitaba, en particular la Policía Rural de la Federación.

Los gobiernos de la Revolución y de la posrevolución estuvieron tan comprometidos como el Porfiriato con el afán de modernización y desde luego con el logro de un control social efectivo. Sin embargo, por lo que hace a la policía, les faltó visión y actuaron sin proyecto, pragmáticamente y de manera muy irresponsable. Les importó crear una policía política capaz de penetrar y controlar la acción de los grupos disidentes, así como poder contar siempre con la policía como una fuerza que, llegado el momento, pudiera reprimir con efectividad los actos de disidencia sin comprometer innecesariamente al ejército en esta labor. Nada más.

DESDE el principio la clase política vio con suprema indiferencia la arbitrariedad y brutalidad con que su policía trata al mexicano común y corriente. Fue un error, pues ahora el "problema policiaco" ha dejado de pertenecer a la plebesca y ha adquirido un tinte político. La prueba de ello es el hecho de que el propio Presidente, en su discurso de toma de posesión —donde solo tuvieron cabida "los grandes problemas nacionales"— se vio obliga-

Imperativo

Sigue de la página siete

do a incluir el tema de la policía, ya que es un freno a la modernización y fuente constante de ilegitimidad para el régimen, y ahora acaba de ordenar la reorganización de la policía a fin de moralizarla a fondo.

La reforma policiaca se ha convertido en un imperativo. Una sociedad agobiada por la crisis económica y política, demanda efectividad en los servicios que provee el Estado, entre ellos el de la policía. La clase media exige no ser objeto de secuestros por parte de los propios policías; los obreros no ser asaltados directamente por los uniformados, como es el caso con la tristemente célebre policía del Estado de México, los líderes campesinos de Chiapas no seguir con los "desaparecidos".

No hay salida fácil. La policía necesita una renovación no sólo moral, sino física. Esto toma años pero ya no hay tiempo. Es necesario cambiar al personal, con todos los peligros que ello implica; es necesario revitalizar al Colegio de Policía, para dar a la policía una educación de la que ha carecido; pese a la austeridad hay que adecuar los salarios a la realidad. En fin, hay que crear las condiciones para que aparezca un mínimo de sentido de la responsabilidad. Sobre todas las cosas, hay que volver a controlar integralmente a la policía.

El lado oscuro de la actividad policiaca nunca podrá desaparecer del todo, pero la sociedad civil exige que, con la misma prontitud con que se le ha reducido su nivel de vida, la policía deje de ser su enemigo público y que en cambio surjan sus aspectos positivos. Sin reforma policiaca la "renovación moral" y la modernización de México, estarán trunca-